

# Los frascos rotos

Pedro Plaza Salvati

Estaba por todas partes. Trataba de alejarme pero se me aparecía a cada rato, acompañado, de un tiempo para acá, de unas construcciones futuristas. El pulso me aumentaba con la proximidad de sus recintos.

La verdad, no podía entender cómo se reproducía por la ciudad. Para mí, se había convertido en una pesadilla, con su cara de fantasma triste que acompañaba a los establecimientos. Y la gente, de tanto verlo, no se percataba que parecía dibujado por un niño. También se podía ver en vallas (grandes o pequeñas), periódicos, revistas, televisión, Internet, y hasta en bolsas plásticas que inundaban la ciudad. A veces me preguntaba si sólo yo lo veía de esa manera.

Un día me sentí mal, me cargué de valor (estaba allí, afuera, con su cara siempre asomada e iluminada las 24 horas, pues es sabido que los de su estirpe no duermen), traspasé el umbral de la puerta automática de vidrio y busqué el remedio. Cuando retiré el frasco con el mayor de los cuidados — ¡lo juro! —, se derribó toda la torre; parecía la caída de un edificio viejo que se dinamitaba para construir uno nuevo. Las botellas cayeron con su contenido rojo y viscoso, explotando como bombas en una guerra química. Algunos clientes se echaron al piso. Quedé rodeado de un mar de fragmentos de líquido, vidrio y miradas. Tuve que pagar todos *los frascos rotos*.

A veces, la gente entraba a uno de sus templos para satisfacer ese impulso irracional, de gastar por gastar. Es cierto que sus establecimientos estaban bien diseñados, eran agradables e invitaban al consumo. Hasta yo mismo sentía en ocasiones el deseo de llevarme cualquier tontería. Ese era uno de sus encantos ocultos: originar ese estúpido impulso de compra superflua. Me preguntaba si su rostro angustiado se debía a una cuota de ventas que tenía que cumplir, emanada del más allá. ¿Estaría quizás preocupado por los niveles de inventarios, los estados de ganancias y pérdidas, los planes de expansión o los controles de precio? ¿O acaso era miedo a ser despedido como identidad corporativa? (Seguro que era empleado, y como nadie es imprescindible en esta vida... en la otra, no lo sé).

¿Ya saben de quién hablo? Si no se fijan bien, les puede engañar; con su trasfondo azul, su color blanco, puede parecer otra cosa. Por eso su cara ladeada, como un perrito que da lástima, y, arriba de su cabeza, con lo que parecen gotas de sudor que pretende simbolizar un corazón partido.

Hice una búsqueda por Internet en el Registro de Marcas, y me encontré una figura muy parecida. Así:



Apagué de inmediato el computador. Sentí miedo. No pude dormir esa noche.

Mis dolencias continuaron y tuve que regresar. Al entrar, cerré los ojos para no verle la cara. Pensé que no ocurriría nada, ya que sólo necesitaba un paquete de grageas para el dolor de garganta. Me dirigí a la caja pero, con la suela de mi zapato, sin darme cuenta, pisé la cola ondulante de un vestido largo de tigresa que portaba una señora. Mientras ella caminaba, la tela se tensó. Su cabellera pelirroja, postiza y encrespada, con cabeza y todo, cayó hacia atrás, al piso, y recibió un golpe tan fuerte que quedó blanca, sí, muy blanca, como él. Al rato vinieron los paramédicos, pero no lograron salvarla. Esa noche terminé en la Sub-Delegación de Chacao de la policía investigativa, dando declaraciones, explicando que había pisado el vestido por accidente, que eso era todo. No me sentía culpable. Hubiera querido contarles la verdad, pero no me hubieran creído; que todo provenía de esa cara engañosa que se dedicaba a amargarme la vida, que la agarró fue conmigo, quizás porque sabía su secreto.

Pasaron los días, y la tos con flema empeoraba. Tuve que volver. Ya sé que estarán pensando: ¿Por qué no voy a otro lugar? Yo mismo no lo sé. Quizás para superar mis miedos, por la escasez de medicinas o por alguna razón ininteligible. Esta vez cambié de actitud. Contuve la respiración, lo miré de frente y le dije en silencio: “¡Cuidado con vainas!” Entré y busqué el jarabe. Lo agarré con sutileza y me dirigí con

pasos firmes a la caja, para que no se derrumbara ninguna torre de frascos o pisara algún pedazo de felina tela ondulante. Pagué lo más rápido posible y salí sin contratiempos.

Una vez afuera le miré a los ojos. En ese instante, pensé que me gustaría conocer al Director Creativo, para preguntarle: ¿Cómo se le ocurrió contratarlo? ¿Quiere acaso que la gente, al cruzar su umbral, se quede atrapada por alguna red invisible que se desvanece al comprar algo?

Mientras me recuperaba, su presencia me hacía compañía. Leí algunos libros *espirituales*. Me enfoqué en el tema de la reencarnación: “En el momento de la muerte de un ser, la mente o el alma que abandona el cuerpo de ese ser, viaja al siguiente cuerpo, a la siguiente vida”. Pero su caso, el de cara blanca, era más complejo; porque él eran muchos, como si la muerte hubiera parido una multitud. Su rostro era igual en todas partes, no sólo en la capital sino en el interior y hasta en Colombia (me han dicho).

Como no encontré explicación en lo espiritual y me sentía afectado por el tema de la reencarnación, busqué respuestas en la literatura de fantasmas. Hurgué algunos textos de aquella época que estaba enfermo de tanto leer. Escogí algunos cuentos sobre experiencias similares, fenomenologías paralelas, situaciones parecidas a la mía. Me encontré con Plutón, *El gato negro*, de Poe; *Alguien desordena estas rosas*, de García Márquez; y *El retorno*, de Bolaño, con aquel comienzo: “Tengo una buena y una mala noticia. La buena es que existe vida (o algo parecido) después de la vida. La mala es que Jean-Claude Villeneuve es necrófilo”. Me propuse entonces que si no mejoraba y tenía que volver al sitio, debía mirar:

- 1) Si había un gato negro.
- 2) Si vendían rosas desordenadas.
- 3) Si se encontraba el cadáver de un famoso diseñador.

Seguía empeorando. La fiebre subía y no podía obviar más la infección. Tuve que ir al médico y me entregó un récipe para unos antibióticos. Luego entré de nuevo a sus predios. Recordé que la última vez no había pasado nada. Hice lo mismo: Lo miré

y le dije en silencio: “¡Cuidado con vainas!” Me fijé que no había rosas desordenadas, ni un gato negro, ni el cadáver de algún famoso modisto. Tomé un número. Me atendieron y buscaron la medicina solicitada. Pagué. Abrí el estuche de un termómetro y me lo puse en la boca. A pesar del malestar por los 39 grados reseñados por el mercurio, me sentía aliviado, porque pensaba que la advertencia había funcionado de nuevo.

¡Qué ingenuo! Apenas salí al estacionamiento, las pastillas comenzaron a escaparse de su envoltorio, recorriendo mi brazo derecho, como escalando una montaña. Apreté los labios. En una danza burlesca, las píldoras se introducían por mi nariz y oídos, como para matarme de una sobredosis o de asfixia. Me atacaban por todas partes. Giraba como un trompo. Corrí hasta una camioneta estacionada al lado del anuncio luminoso de cara blanca. De un salto me monté en el capó. En otro brinco llegué al techo. Me encontré con él, frente a frente: había llegado la hora. Empecé a darle golpes en su cara. Las pastillas salían de mi cuerpo con cada abolladura, como pensamientos obedientes. Lo hundi por todas partes y quedó como una imagen colocada frente a esos espejos distorsionados que se encuentran en los circos. Las letras rojas “Abierto 24 horas”, quedaron también destruidas por mi furia, como sangre endurecida, partida en pedacitos y desparramada sobre el carro, como si fuese su propia sangre.

Me desperté en un cuarto de paredes blancas. Pensé que había fallecido, pero mis manos eran color carne. Me toqué el pulso a través de mi cuello y mi corazón latía. Mi cuerpo estaba caliente, demasiado para estar muerto. Tocaron la puerta y una enfermera entró con una inyección de valium, que reconocí de inmediato porque era igual a las que ya me habían puesto en otros sitios. Me explicó, con una frialdad acorde con la decoración de las paredes, que había tenido un brote psicótico, y que estaban midiendo cual sería la dosis correcta para mi caso. Me lo dijo, así como así, como si se tratara de un resfriado, como si esa terminología fuese argot de la calle (yo sabía que los dichosos brotes eran como

alergias que surgen en el cerebro). Me explicó que me encontraron fuera de control, montado sobre un carro, pegándole a una caja de luces del estacionamiento del Farmatodo<sup>1</sup> de Santa Eduvigis. Que me trajeron en ambulancia a una casa de reposo, una clínica. Seamos francos: un psiquiátrico, y que, si me quedaba tranquilo, me darían de alta en unos días.

Al salir la enfermera, pude ver la suela de sus zapatos manchadas de un líquido rojo, viscoso, con pedacitos de vidrios resplandecientes. La cola de su vestido blanco quedó atrapada con el cerrar de la puerta. Escuché un golpe. Al menos, me había inyectado y no tenía que tomar pastillas. Pero no podía bajar de la cama, porque estaba rodeado de fragmentos de *frascos rotos*; estaba descalzo, me cortarían ¡Qué injusticias tiene la vida!

Dicen que la mente está hecha de vidrio, que se puede romper en cualquier momento. Siento peligro, aunque no tenga que visitarlo. ¿Saben de quién hablo? Mejor no digo su nombre. Creo que me cubriré la cabeza con la cobija. Porque al mirar afuera en la ventana, a lo lejos, veo su cara blanca perdida entre las luces de la ciudad.